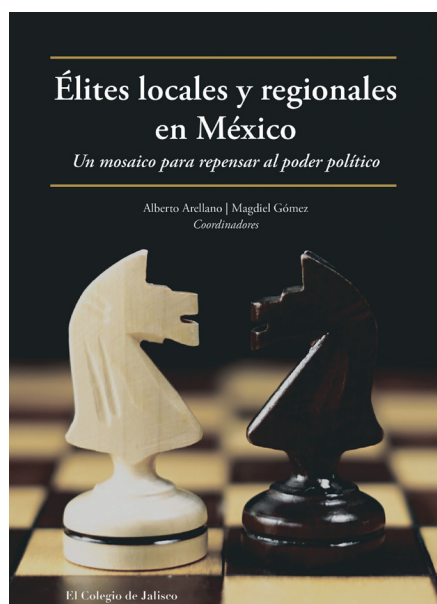


Reseña

Élites locales y regionales en México: un mosaico para repensar al poder político

Griselda Alicia Macías Ibarra
Universidad Autónoma de Aguascalientes.
Candidata SNII, México
alicia.macias@edu.uaa.mx
 <https://orcid.org/0000-0001-6982-1024>
Doctora en Estudios Sociales Universidad
Autónoma Metropolitana Iztapalapa

Alberto Arellano y Magdiel Gómez
(coords.), *Élites locales y regionales en México. Un mosaico para repensar al poder político*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2026, 485 pp.



La ciencia política en México se ha centrado, casi exclusivamente, en la alternancia como indicador de los partidos y la medición de la democracia, dejando de lado el estudio analítico de quiénes son, cómo se organizan y por qué permanecen los sujetos que detentan el poder, más allá de la etiqueta partidista que representen en cada ciclo electoral. La obra coordinada por los doctores Alberto Arellano Ríos y Magdiel Gómez Muñiz titulada *Élites locales y regionales en México: Un mosaico para repensar al poder político* plantea una nueva propuesta de estudio que pone énfasis en lo subnacional.

El valor de esta obra no reside solo en su calidad descriptiva, sino en su propuesta teórica y capacidad analítica, al reunir a un grupo de especialistas para revisar desde un enfoque crítico, profundo y minucioso las estructuras de poder –las élites– desde distintas latitudes de México. Los coordinadores logran consolidar un sistema interpretativo que, lejos de ser un compendio disperso, funciona como un mapa dinámico de la resistencia política de las elites. El libro, a lo largo de sus capítulos, no teme recuperar el realismo político de los clásicos –Pareto, Mosca y Michels– para hacerlos dialogar con los desafíos de la poliarquía de Robert Dahl, el capital social de Robert Putnam y la élite de poder de C. Wright Mills. Lo que se presenta es una tesis provocadora y nos invita a reflexionar que en muchas regiones de México no ha implicado la destrucción de las élites, sino su sofisticación.

En el capítulo introductorio, Alberto Arellano Ríos plantea una premisa fundamental: el estudio de las élites no es una moda, sino un axioma explicativo indispensable, dado que en todo grupo humano hay una minoría que guía. Arellano critica la carga formal-legalista que ha dominado la disciplina —la tendencia a observar el poder como un conjunto de procedimientos institucionales sin rostro— proponiendo que para entender la democracia mexicana hay que mirar a quienes la habitan “a ras de tierra”.¹

La estructura del libro nos permite establecer una lectura transversal que podemos dividir en tres bloques, que a su vez agrupa los capítulos en tres lógicas de comportamiento: su capacidad de mutación ante el cambio partidista, su profesionalización en los búnkeres del poder y su expansión hacia esferas no gubernamentales, lo que permite contrastar la teoría con las dinámicas subnacionales del poder político en México.

Bloque I: la metamorfosis de los cuadros (mutación y persistencia)

El primer bloque del libro lleva por título “Élites político-partidistas”, pero también lo podríamos denominar “La metamorfosis de los cuadros (mutación y persistencia)” porque en esta primera

parte se va a proponer la ruptura del mito entorno a la narrativa de la “nueva clase política” que suele acompañar a la alternancia; es decir, es más un recurso narrativo que una realidad contrastable. Una alternancia no debe ser señal inequívoca de cambio político.

En este sentido, el trabajo de Javier Rosiles Salas destaca aquí como un referente metodológico indispensable. Al aplicar la prosopografía —técnica que permite diseccionar las trayectorias biográficas y las características compartidas de un grupo de individuos—, Rosiles logra evidenciar que 78.13 %² de las candidaturas de Morena a las gubernaturas poseen, en realidad, un ADN político previo. Este hallazgo es contundente: no nos enfrentamos a una sustitución de clase, sino a un desplazamiento estratégico. Lejos de desaparecer, los actores políticos simplemente hibernan en estructuras paralelas hasta que las condiciones de circulación que describiera Vilfredo Pareto les permiten emerger bajo una nueva marca. Esto significa que el mando no se transforma por una voluntad democrática, sino que se recicla por pura necesidad de supervivencia sistémica. Para esto, propone el concepto de *élites postergadas* al referirse a los grupos políticos con liderazgos desplazados o postergados durante el proceso de democratización y que recién comienzan a tomar el poder.

¹ Alberto Arellano, “Élites y poder político en México. A manera de estudio introductorio”, en *Élites locales y regionales en México: un mosaico para repensar el poder político*, coord. por Alberto Arellano Ríos y Magdiel Gómez Muñiz (Zapopan: Colegio de Jalisco, 2025), 15.

² Javier Rosiles, “Élites postergadas: ¿quiénes encabezan las alternancias subnacionales en tiempos de la 4T?”, en *Élites locales y regionales en México: un mosaico para repensar el poder político*, coords. por Alberto Arellano Ríos y Magdiel Gómez Muñiz (Zapopan: Colegio de Jalisco, 2025), 50.

Los siguientes dos capítulos se enfocan en los dos principales grupos políticos locales que logran influencia en la política nacional. El trabajo de Moisés Mendoza Valencia se centra en el Grupo Atlacomulco. Realiza un análisis minucioso de como esta élite se consolida en el Estado de México y logra llegar al gobierno federal controlando durante décadas la política local y nacional desde la estructura del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Retoma la teoría clásica para analizar la forma en que lograron consolidar su poder y cómo a partir de hechos muy puntuales fueron perdiendo dominio ante el partido Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). Es un ejercicio de aplicación teórica. Al citar a C. Wright Mills, Mendoza desentraña cómo el parentesco y la consanguinidad se transforman en activos institucionales. No se trata de nepotismo en el sentido tradicional, sino de una estructura de mando impenetrable donde la identidad familiar se vuelve una garantía de estabilidad.

En contraparte, Aldo Muñoz Armenta, a través de su estudio sobre el Grupo Texcoco, demuestra mediante la teoría de la organización política que para vencer a una élite tradicional no basta con una movilización social; se requiere una organización igual de profesional, disciplinada y jerárquica, validando la tesis de Michels sobre la necesidad de la organización para el mando. Explora a lo largo de su trabajo la conformación de esta élite local y el perfil de los principales liderazgos del grupo.

Casi para terminar este primer bloque de élites partidistas, Luis Enrique Pérez Castro, desde la prosopografía, analiza cómo la figura de los grupos políticos en Nuevo León (Chino-Bravo, Ignacio Morones Prieto, Raúl Rangel Fías, Eduardo Livas y Alfonso Martínez) constituye la forma más frecuente de participación colaborativa en México partiendo de los postulados de Pareto y Michels. Nos recuerda que la estabilidad no es un accidente, sino el resultado de mecanismos de rotación interna que garantizaron su estabilidad, evitando fracturas durante décadas, lo que dio origen a una profesionalización cohesiva.

Para finalizar el bloque, Ernesto Casas y Rocío Ávila revisan el caso de Tamaulipas desde el análisis de sus alcaldes electos en el último proceso local 2024-2027. Parten de un análisis inductivo e histórico para entender y explicar el reciclaje de las élites locales. Además, nos ofrecen una lección geográfica: la periferia no decide sola. Sus redes de confianza están jerárquicamente alineadas con el centro; aquí, la teoría del capital social de Putnam cobra un nuevo significado, no como un elemento que democratiza, sino como un mecanismo que consolida el control vertical.

Bloque II: profesionalización y control territorial (los búnkeres del poder)

En el segundo bloque que lleva por título élites político-gobernantes, se realizan y presentan tra-

bajos que revelan que el poder requiere una profesionalización extrema. Si el primer bloque nos demostró que el poder sabe mutar, el segundo segmento del volumen dedicado a la profesionalización y el control territorial nos explica cómo se construye la hegemonía técnica. El poder, nos sugieren los autores, no sólo se hereda; se fabrica en espacios específicos que actúan como auténticas incubadoras.

Ruslan Posadas Velázquez y Lilia Gómez Jiménez nos brindan, quizás, una de las aportaciones más ambiciosa de este bloque al situar a la Ciudad de México como el epicentro de la elite nacional. Al aplicar la teoría de Robert Dahl, los autores describen un proceso de “colonización” de la estructura federal por parte de los cuadros formados en la capital. Lo que aquí se describe no es una simple cronología de nombramientos, sino la construcción de un código genético de gobierno, pues la Ciudad de México no solo exporta funcionarios; exporta una forma de entender la gestión, una hegemonía técnica que hoy dicta el estándar de éxito en el resto de los estados y por consecuencia el rumbo del país. Nos obliga a aceptar que el centralismo en México no ha muerto; simplemente se ha sofisticado, convirtiendo a la metrópoli en el búnker más influyente del siglo *xxi*.

Por otro lado, Roberto Iván Piedra Ascencio, en su estudio sobre Durango, al documentar la existencia de una “élite localista”, nos presenta mediante métodos posicionales y reputacionales

que los grupos cuyo dominio es absoluto es al final autolimitado por la geografía estatal, prefiriendo el control regional antes que la dispersión federal. También, el libro nos ofrece una cartografía de la resistencia institucional en estados como Guanajuato, donde Rosa María Pérez Vargas identifica una “escalera al poder” que funciona bajo lógicas corporativas. Aquí, el ascenso no depende del mérito ciudadano sino de la adhesión a un sistema de lealtades que ha garantizado la hegemonía territorial por tres décadas. Es un sistema cerrado, autogestionado, que nos recuerda las peores inercias de los partidos-Estado del siglo pasado escudándose en un aparente modernización institucional que dificulta que pueda ser revocado legalmente.

Por otro lado, Mariela Días Sandoval y Gabino Sonano Ramírez realizan una denuncia sobre el “caciquismo resiliente” en Guerrero cerrando con una nota crítica necesaria. Su distinción entre *office seekers* (buscadores de cargos) y *policy seekers* (buscadores de políticas) es un hallazgo importante, ya que en contextos donde la democracia interna es una ficción, el nepotismo se convierte en la última trinchera de las estructuras patrimoniales, dejando claro que donde las instituciones fallan, los lazos de sangre son el único seguro de vida para el grupo dominante.

Cerrando el segundo bloque se encuentran Cirilo Antonio Guzman y Ana Lily Oropeza Aguilar con un estudio sobre Tabasco donde utilizan el concepto de *transfuguismo político* para

entender la reconfiguración continua de las estructuras regionales. Lejos de ver el cambio de bando como una traición, los autores nos invitan a entenderlo como una técnica de preservación. En el contexto tabasqueño, la lealtad es un activo efímero; lo que permanece es la red, el grupo, el enclave de poder. Nos invitan a ver el transfuguismo no como una traición, sino como una técnica de preservación sistémica que permite a la élite capturar los movimientos de cambio desde su nacimiento.

Bloque III: poderes ampliados y nuevas fronteras

El tercer bloque de la obra constituye, a mi juicio, la contribución más innovadora para el libro, ya que los coordinadores han tenido el acierto de integrar trabajos que superan la visión reduccionista del “político en el cargo” para demostrar que el mando se ejerce a través de un ecosistema multidimensional, en donde la élite no solo busca ganar elecciones (*office seeking*), sino que articula una red de influencia que garantiza su permanencia, legitimidad y capacidad de veto mucho más allá de los ciclos electorales.

Bajo el título de “Élites ampliadas con influencia política”, la obra continua con el análisis subnacional de las élites. El primer trabajo de este bloque corresponde al de José de Jesús Gómez Valle. El autor documenta un fenómeno crítico para el tema de la transparencia: la fusión

de agendas públicas y privadas. Se estudia el salto de empresarios a puestos clave de gobierno y viceversa. Esto nos ofrece un mapa claro de la simbiosis corporativa. El hallazgo que se presenta pone a reflexionar sobre una forma sofisticada de captura del Estado: grupos de interés que no necesitan ganar una elección para gobernar porque han logrado alinear el presupuesto público con sus intereses particulares: un recordatorio de que la corrupción, en su versión más moderna, no siempre se manifiesta en el desvío ilícito, sino en la captura legal de las agendas gubernamentales.

Por otro lado, Magdiel Gómez Muñiz nos invita a observar la Región Ciénega a través de la teoría del capital social de Putnam; sin embargo, da un giro necesario a la teoría al identificar cómo operan las redes de confianza cerradas. Lo que se describe no es un capital social que promueve la ciudadanía, sino uno que gestiona la exclusión. Se argumenta que la sociabilidad informal –los clubes, las mesas de negocios, las asociaciones– opera como una aduana donde se decide quién tiene acceso a las oportunidades de desarrollo regional y quién queda fuera del juego; es, en esencia, una élite que administra las brechas donde no pertenecer a la red es un costo prohibitivo para cualquier actor que busque incursionar en la vida pública.

En cambio, Alberto Arellano Ríos realiza una valiosa aportación al analizar la Universidad de Guadalajara no solo como un centro de estudios, sino como una “institución pulpo”. El hallazgo

principal es la colonización funcional de espacios públicos: desde la formación estratégica de cuadros partidistas hasta la injerencia directa en la integración de tribunales y organismos autónomos. Esta élite académica ha logrado lo que pocos grupos políticos: institucionalizar su influencia hasta hacerla indispensable para la gobernabilidad del estado.

Casi para concluir el bloque y el libro, Ziaira Rivera Godina introduce una de las miradas más provocadoras al analizar a las mujeres piloto en la Fuerza Aérea como una *élite discriminada*. Rivera, al aplicar la teoría de género, demuestra la aparente neutralidad de la clase militar. El hallazgo que presenta es contundente: la clase militar es uno de los últimos búnkeres del patriarcado institucional. Aunque los discursos oficiales hablen de inclusión, las estructuras de poder real dentro de la milicia siguen diseñadas para excluir a las mujeres de la toma de decisiones estratégicas. Este capítulo es vital porque nos demuestra que la élite no solo se organiza por intereses económicos o políticos, sino por exclusiones simbólicas que resisten cualquier avance democrático.

Finalmente, Mónica Eugenia Moreno Rubio cierra este con un análisis sociológico sobre las élites intelectuales. Utilizando la teoría de la anomia de Merton,³ Moreno argumenta que

estas élites imponen estándares de éxito que son estructuralmente inalcanzables para la mayoría de la población. Aquí el poder de la élite es simbólico: su capacidad de definir qué es “progreso”, quién es “culto” y quién es un “fracasado” en la modernidad mexicana. Esta brecha genera una frustración social que a menudo constituye un entorno propicio para el populismo. Al analizar estas esferas, el libro nos entrega la visión completa: la élite es una red multidimensional que abarca lo cultural, lo académico, lo empresarial, lo militar y, sobre todo, lo simbólico.

En conclusión, más allá del análisis diagnóstico, esta obra no se conforma con explicar el pasado, sino que sienta las bases para analizar en otros contextos regionales y locales del país. A partir de estos capítulos es posible trazar tres rutas metodológicas que deberían guiar los esfuerzos de investigación regional. 1) La reconstrucción del ADN político: la aplicación sistemática de la prosopografía como método de investigación es indispensable para rastrear la trayectoria biográfica de los actores y evidenciar que los supuestos “nuevos rostros” son actores que han hibernado o rotado estratégicamente. 2) El análisis de la captura de estructuras: documentar cómo, ante la alternancia, el nuevo grupo ejecutivo negocia con los “búnkeres de poder” locales (académicos,

3 Omar Huerta-Díaz, “Anomia, normalidad y función del crimen desde la perspectiva de Robert Merton y su incidencia en la criminología”, *Revista Criminalidad* 52, núm. 1 (junio de 2019). Dicho autor desarrolla ampliamente los conflictos que se generan cuando la estructura cultural (u objetivos) no son coherentes con los

medios institucionalizados (estructura social) que se emplean para alcanzar dichos objetivos. Las tensiones pueden producir conductas indeseadas e identifica cinco modos de adaptación: conformidad, innovación, ritualismo, retiro y rebelión. Cada una habla sobre la aceptación rechazo de los objetivos y de los medios para alcanzarlas.

empresariales o gremiales) que poseen el control territorial en los hechos. 3) La continuidad de las prácticas: mapear los espacios de encuentro (mesas de negocios, clubes, asociaciones) que trascienden la lógica partidista y entender que el poder recurre a los mismos mecanismos de legitimación, independientemente del partido en turno. En síntesis, podemos centrar lo anterior en tres ejes de análisis (Tabla 1):

Tabla 1. Aporte de la obra para la ciencia política

Eje de análisis	Aporte central a la ciencia política	Implicación para la investigación
Diálogo entre épocas	El poder no desaparece, se transforma; la resiliencia es su característica fundamental	Las alternancias de los partidos en el gobierno no significan el fin del control de “los mismos” de siempre, sino simplemente un cambio de actores, que pertenecen a una misma élite
Teoría de la meta-morfosis	Las élites poseen una capacidad adaptativa ante amenazas del entorno	Obliga a investigar cómo los grupos “colonizan” proyectos políticos usando discursos de “cambio” o “ruptura” solo para mantenerse en el poder
Interconectividad transversal	El poder es una red multidimensional (sociológica, organizacional y simbólica)	Descentraliza el análisis: el poder real y las alianzas se construyen desde las regiones, no desde el centro

Fuente: Elaboración propia.

Finalmente, lo que realmente hace destacar a *Élites locales y regionales en México* es cómo combina la teoría clásica con la realidad empírica. Los coordinadores,

Alberto Arellano Ríos y Magdiel Gómez Muñiz, lograron que cada autor utilice el pensamiento político como una herramienta para reflexionar y analizar lo que realmente ocurre en el país, particularmente en cada región o estado. El texto nos demuestra una verdad: que México no es un bloque unido, sino un mosaico complejo donde el cacique del siglo XIX sigue conviviendo y adaptándose a las estrategias políticas más modernas del siglo XXI.